

Diálogo profundo en la Hubert de Blanck

por **Osvaldo Cano**

El primer actor Pancho García vuelve a asumir las funciones de director con el montaje de *La muerte de un viajante*. El extraordinario texto de Arthur Miller subió a las tablas de la sala Hubert de Blanck –con un elenco de esa compañía– sesenta años después de ser escrita como para demostrar su vigencia y universalidad.

Confieso que Willy Loman, el protagonista de *La muerte de un viajante*, me recuerda con insistencia a Madre Coraje, la singular heroína de la obra homónima de Bertold Brecht. Digo esto porque se trata de dos criaturas que andan por la vida sumando fracasos sin conseguir aprender de sus propios errores. Ambas obras son algo así como una aguda crónica de la derrota. La caída de estos personajes es múltiple y dolorosa. Sus sucesivos descabros no provienen solo de sus desventuras económicas, sino de la incapacidad para cohesionar una familia y enrumbar correctamente el futuro de sus hijos. Paradójicamente por más que se proponen beneficiarlos su accionar en este sentido resulta totalmente errático. Cada paso que les hacen dar, cada idea que le inculcan, deviene lastre y estigma.

A pesar de lo apuntado Willy Loman mantiene intacta la ilusión de alcanzar el esquivo éxito o al menos propiciarle, a su hijo Biff, la oportunidad de acariciarlo. Esa que es su mayor contradicción deviene el recurso dramático que articula la pieza. La distancia infranqueable entre las aspiraciones del enajenado viajante y la pragmática realidad cuyas leyes no alcanza a comprender constituyen el verdadero conflicto. La apoteosis de su errónea apreciación de las cosas lo constituye el hecho de sacrificarse para beneficiar a su primogénito quien, poseedor de la lucidez de que careció su padre, comprende y asume que es un hombre común. Como para rematar –y entrando de lleno en el terreno de la ironía dramática– Miller nos hace ver que los beneficios de la muerte de Loman serán recogidos precisamente por el vástago que siempre subestimó.

Cuando Pancho García escoge esta obra portentosa se está regalando a sí mismo la oportunidad de habitar la piel de Willy Loman. Ese espartano esfuerzo es algo que debemos agradecer con creces. Lamentablemente hoy día no abunda el diálogo con esta índole de textos y esa es una carencia de nuestra escena. La puesta de García es, como de costumbre, sobria y ajena a alteraciones o lecturas paralelas. Al estrenar *La muerte...* el director elige una pieza que, en la plenitud de sus sesenta años, tiene mucho que decirnos, cosa esta que abre las puertas a un diálogo profundo con los espectadores. Aupado por esta certeza sus mayores esfuerzos están encaminados a confeccionar un montaje signado por la sinceridad de los intérpretes, la ilustración del mundo ficcionalizado por el autor y la parquedad y exactitud de las imágenes fraguadas en el proceso de montaje.

Eduardo Arrocha concibe un entorno escenográfico en el cual, gracias a los diferentes niveles establecidos y la inteligente utilización del espacio, se dinamiza considerablemente la puesta. La sencillez de las soluciones ideadas, la sobriedad cromática, junto a un vestuario capaz de suministrarnos valiosas informaciones sobre su portador, son también aportes y claridades acarreadas por el maestro. El universo sonoro concebido por Rubén Varzaga recreó el contexto, subrayó tensiones o propuso atmósferas acordes con la naturaleza del acontecer.

En el elenco, que encabeza Pancho García, confluyen jóvenes y veteranos. La labor de conjunto es de buen nivel, con destaque para algunas individualidades. Entre ellas sobresale la faena de García, quien pese a tener que enfrentar el difícil doble rol de director y protagonista, nos agasajó con un Willy Loman concebido desde la interioridad. Claridad en las transiciones, intensidad y limpieza son algunos de los argumentos que utilizó para convencer y demostrar nuevamente que es uno de nuestros mejores actores. Pedro Díaz Ramos contribuyó decisivamente al positivo resultado final apelando a una teatralidad de la mejor estirpe muy a tono con la esencia onírica del rol que asume. Amada Morado cooperó con la favorable recepción de *La muerte de un viajante*. La fogueada actriz se desenvolvió en una cuerda íntima y sobria, con una coherente cadena de acciones y apoyada en un tono y una gestualidad muy acorde con las características psicológicas de Linda Loman. El joven Alexander Díaz dio muestras de frescura, naturalidad, concentración y dominio escénico en tan atinadas dosis que resultó otro de los puntales del espectáculo. De correcta y contenida puede calificarse la propuesta de Carlos Treto. Aristides Naranjo consigue diferenciar al niño tímido del joven profesional exitoso y aunque no está al tope de sus capacidades lo cierto es que sus resultados son positivos. Gilberto Ramos alcanza a resolver de un modo aceptable las tareas a él encomendadas.

Con *La muerte de un viajante*, Pancho García, en rol de actor y director, se mide con un personaje y una obra de apreciable altura. Los resultados de su doble función son coherentes con su reconocido talento pues, al apuntar a lo alto, consigue nuevamente dar en el blanco.

(tomado de <http://www.tablasarcos.cult.cu/>)

[-salir a portada-](#)